

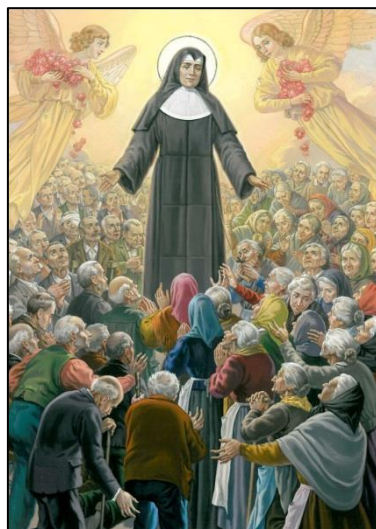
Canonización de Santa Teresa de Jesús Jornet, Patrona de la Ancianidad



La fama de santidad que la Madre Teresa ya había gozado en vida, creció intensamente después de su muerte. Había recomendado que, si en el Instituto llegase a haber santas, no se gastase un céntimo en el afán de llevarlas a los altares. Las Hermanitas obedecieron, pero la Providencia tenía otros planes. En la conmemoración del primer Centenario de su nacimiento se abrió el proceso de su beatificación. La aprobación de dos curaciones milagrosas, la declaración de la heroicidad de sus virtudes, el ejemplo de su vida y sus enseñanzas escritas, culminaron en su **Beatificación por el papa Pío XII el 27 de abril de 1958**, haciendo patente «el espíritu de caridad cristiana y de humanidad de la Iglesia».

El beato Pablo VI la canonizó el 27 de enero de 1974: «Su vida queda en nuestra memoria como ejemplo de virtud ... en quien se cumplen admirablemente las palabras proféticas: **enalteció a los humildes** (Lc 1,52)». Tres años más tarde, el **27 de enero de 1977**, el mismo beato Pablo VI la proclamó **Patrona de la Ancianidad**. Su fiesta litúrgica se celebra el **26 de agosto**, fecha de su entrada en el cielo.

¡Oh Dios, que has guiado a la Virgen Santa Teresa a la perfecta caridad en el cuidado de los ancianos! Concédenos a ejemplo suyo, servir a Cristo en el prójimo para ser testimonio de tu amor. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.



PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS JORNET



- ✓ Siempre tendremos una cruz. Conviene abrazarla con amor para que no se haga tan pesada.
- ✓ El que no sabe sufrir no sabe vivir. El que quiera gozar con Cristo, ha de padecer con Él.
- ✓ No sé cómo dar gracias a Dios por tantos beneficios.



6

EL TESTAMENTO ESPIRITUAL: **CUIDEN A LOS ANCIANOS; TÉNGANSE MUCHA CARIDAD Y OBSERVEN LAS CONSTITUCIONES**



Enfermedad y muerte de la Madre Teresa

A la edad de treinta y un años la Madre Teresa ya era una enferma crónica aquejada de un tumor intestinal, agravado, más adelante, por una tuberculosis. La enfermedad le producía un dolor intenso, vómitos, hemorragias, disentería cíclica, mareos y jaqueca. En 1892 ya estuvo en trance de muerte. Nunca se quejaba y siempre se mostraba conformada a la voluntad de Dios: «Dígnese el Señor aceptar mis sufrimientos, que ellos redunden en gloria suya y provecho espiritual de mi alma».

A pesar de su delicado estado de salud, la Madre Teresa llevó a cabo una ingente labor organizadora del Instituto como superiora general, cargo al que nunca pudo renunciar: «Mientras viva, ella sola es la Madre Se podría, tal vez, encontrar otra Superiora General, pero una Madre, no». Infatigable, había recorrido toda España poniendo en marcha 103 Casas-Asilo para los ancianos más necesitados: «Dios sea bendito y me de fuerzas para llevarlo con paciencia por su amor». «**Alabado sea Dios tanto en la enfermedad como en la salud**».

Agravada por un vómito de sangre, el 14 de mayo de 1897 se la trasladó a la Casa de Liria. A lo largo de unas semanas daba un paseo corto por el claustro, asistía a Misa y visitaba al Santísimo. En los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía la Madre Teresa encontraba la fuerza para sufrir con paciencia. Su serenidad y recogimiento confortaba el dolor de las Hermanitas y edificaba a quienes tuvieron la suerte de tratarla aquellos días. El 12 de julio el Padre Francisco le administró el Viático, y el 26 de julio la Santa Unción asistido por el Fundador don Saturnino. La acogió con plenas facultades y alegría: «**Os dejaré en seguida; me voy al cielo**».

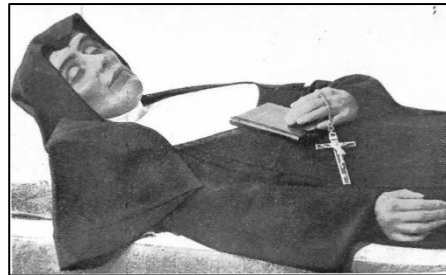
Asegurada su Obra con la aprobación pontificia de las Constituciones del Instituto, la Madre Teresa pudo entonar el *Nunc dimittis*, el cántico de Simeón: «Ahora, Señor, puedes dejar que tu sierva se vaya...» y un ferviente *Te Deum*. También completó su testamento espiritual.



Pocos días antes de morir la Madre Teresa tuvo un síncope. Cuando volvió en sí, viendo el rostro de dolor de las Hermanitas, les dijo con una dulce sonrisa: «No estoy muerta todavía». Intuyendo ya cercana la hora de su muerte, la noche del 25 al 26 de agosto les dijo: «He comulgado todos los días, pero mañana no podré hacerlo». Luego las abrazó con la mirada, sonrió dándoles su último adiós e inclinó suavemente la cabeza. Después de tanto sufrimiento, sonreía con el gozo de la Comunión eterna a los 54 años de edad. Eran las tres y media de la madrugada. «Jesús, José, María, descanse en paz con Vos el alma mía», rezaba

la Madre María Jornet, su hermana, compungida de dolor.

La noticia de la muerte de la Madre Teresa causó en todas las Casas-Asilo un dolor profundo que solo se mitigaba por la certeza del gozo eterno. A Liria acudieron millares de personas que rezaban poniéndola como intercesora ante Dios. Nadie dudaba de que la Madre Teresa estaba ya en el cielo.



Todos la llamaban «**la Madre**» y parecía que les decía: «**Amaos todos como hermanos, hijos todos del mismo Padre, que está en los Cielos**».

Dos días después, se celebró la Misa exequial en la capilla de la Casa-Asilo de Liria. De allí partió el cortejo fúnebre presidido por los ancianitos de las Casas-Asilo de Liria y Valencia. El féretro era llevado a hombros por Hermanitas. Seguían el cortejo las Religiosas de la población y una larga estela de Hermanitas presididas por la Madre María, autoridades civiles y una muchedumbre inmensa en una manifestación sin precedentes. Ya en el

cementerio el padre Francisco, tras rezar un responso, escribió en el nicho: «**Sor Teresa de Jesús, Superiora General de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. R.I.P. 26 Agosto 1897**».

Sus restos fueron venerados en Liria hasta el junio de 1904. Posteriormente fueron trasladados a e Valencia. A su llegada, la Madre María se dirigió a su



hermana como si estuviera viva, y le dijo emocionada: «**Madre, sé el ángel y el guardián de esta Casa**». Actualmente, reposan en la Capilla de la Casa General de la Congregación, mientras que en la cripta, bajo la iglesia, reposan los restos del Padre Fundador don Saturnino López (+1905) y del Cofundador Padre Francisco García (+ 1909).



El Testamento espiritual

«**Cuiden con interés y esmero a los ancianos; ténganse mucha caridad y observen fielmente las Constituciones: en esto está nuestra santificación**». Son las palabras testamentarias que la Madre Teresa expresó repetidamente a las Madres María y Gregoria, que la asistían en su lecho de muerte. De forma sencilla y grandiosa resumen el sentido de su vida y son el núcleo de su testamento espiritual.

El testamento espiritual de la Madre Teresa consta de dos documentos. El primero lo había dictado a la Madre Gregoria, Vicesuperiora general, el **12 de julio de 1897**. En él comunicaba a sus Hijas que «con gran consuelo de su alma recibió en Liria el Santo Viático de manos del Padre Francisco, y aprovechando tan solemne ocasión las bendice a todas y pide oraciones. Que por amor de Nuestro Señor Jesucristo la perdonen de sus flaquezas y miserias con las que ha podido darles mal ejemplo. Desea además, que en su nombre les recomiende muy eficazmente la observancia de las Constituciones y de los votos y la diligencia en cuidar y asistir con toda solicitud y caridad a los ancianitos, que ellos nos llevarán al Cielo». Les advierte también que «conserven la unión fraterna, estando llenas de deferencia las unas para con las otras, y que ... se decidan a servir al Señor con toda sinceridad, perseverando en la santa vocación y evitando cualquier defecto que las pudiese entibiar ... en la seguridad de que desearan grabar profundamente en sus corazones estos consejos y que procuraran cumplirlos».

El segundo documento lo dictó la Madre Teresa el **7 de agosto de 1897**. «Hallándome en peligro de muerte y robustecida ya con los Sacramentos del Viático y la Extremaunción, el Señor, bondadoso en sus misericordias, me concede el consuelo de recibir ... la aprobación definitiva de nuestras Constituciones. Bendigamos al Señor por merced tan señalada, y ya que me concede también la satisfacción de poderlo comunicar a ustedes, les recomiendo una vez más la fiel observancia de las mismas, para que de este modo Él nos haga la gracia de reunirnos en el cielo.- Sor Teresa Jornet.»